

Sobre la Historia de las Mentalidades

SOLANCE B. DE ALBERRO *

A partir del hermoso propósito de Herodoto "impedir que las acciones llevadas a cabo por los hombres se pierdan con el tiempo", la historia ha sabido evolucionar conforme a las exigencias de su tiempo: abandonada la historia apologética, superada la mera descripción supuestamente objetiva de los hechos y acontecimientos y encuentra una metodología firme y una problemática sólida en la aparición de la historia económica por los años sombríos de 1930.

A partir del decenio de los sesenta surge una nueva tendencia, gracias a las aportaciones metodológicas y teóricas de la etapa anterior, la historia de las mentalidades. (Tal expresión dista mucho de ser satisfactoria y tratando de definir con más precisión su significado, diremos con Jacques le Goff, que cubre el estudio del "contenido impersonal del pensamiento" o también con Robert Mandrou, que representa una "visión del mundo, *lato sensu*".)

No se trata, al fin y al cabo, de ninguna novedad, y son numerosos los que intuyeron desde hace mucho la importancia de actitudes, comportamientos, o incluso detalles que pueden parecer triviales. Citemos a Estrabón, Tácito, César y su interés por referir las costumbres de los Bárbaros de su tiempo, recordemos la curiosidad llena de simpatía de Montaigne al descubrir las civilizaciones prehispanicas a través de las crónicas, el celo ambiguo tal vez de Sahagún al mandar consignar las últimas señales de sociedades a punto de desaparecer. Más cerca de nosotros a un Michelet y sus intuiciones geniales de la Bruja, de El Pueblo y por fin, la gran explosión de la antropología social a fines del siglo XIX y principios del XX.

En efecto, si se admite que la educación de los niños era tema de estudio imprescindible para la comprensión de los valores de la sociedad arapesh, si el análisis de los dibujos faciales de los Bororo revela la concepción cosmogónica del grupo todo, es evidente que el conocimiento sistemático de los testamentos provenzales durante un periodo determinado o de la "visión de los vencidos" de México según las relaciones indígenas, podía arrojar una luz singular sobre quienes los dictaron, transmitieron. La antropología social (o etnología como se la llama en algunos países), al presentarnos sistemas sociales muy distintos de los que conocíamos, nos iba familiarizando con ellos, borrándose paulatinamente las fronteras entre nociones de "civilizados" y "primitivos", corrigiendo y enriqueciendo al fin y al cabo nuestra visión de la gran familia humana. El pensamiento occidental llegó de esta

manera a convencerse de lo complejo y refinado de otras civilizaciones en algunas de sus manifestaciones (por ejemplo las relaciones de parentesco tan complejas de los aborígenes australianos, que aparecen por otra parte como tan "primitivos") y también a admitir y rehabilitar este mismo "primitivismo" en su propia historia y hasta en el seno de su realidad contemporánea.

La historia es hija de su tiempo y si el estudio profundo de los procesos económicos había sido engendrado por la crisis que se declaró a partir de 1929, el interés por las mentalidades respondía también al estímulo de circunstancias precisas.

En efecto, desde la década de los años 20, asistimos a una aceleración considerable del ritmo de los descubrimientos científicos y de sus casi inmediatas aplicaciones tecnológicas. Estas a su vez, desencadenan consecuencias sociales de alcance imprevisible: recordemos el clásico ejemplo de la tribu amazónica que sustituye las canoas tradicionales por las lanchas de motor, único empréstito a la civilización tecnológica, y ve poco a poco disgregarse su organización social. En menos de cincuenta años, la vida material de las masas occidentales cambió profundamente en la medida en que una serie más o menos larga (según los países y las clases sociales) de innovaciones técnicas trastornaron los equilibrios tradicionales con el tiempo, con el espacio y con los demás hombres (hoy en día resulta obvio que la adopción masiva de tales facilidades materiales, incluso convertidas en rutinas diarias, no se acompañó de una evolución paralela de las mentalidades, originándose así una serie de contradicciones, de tensiones y de rutinas). De ahí surgen algunos movimientos pánicos hacia las raíces y un pasado idealizado, muchas veces recuperados por el mismo sistema que impone dicha aceleración: moda de lo "natural", regreso al campo, negación de algunas manifestaciones propias de la sociedad tecnológica como la medicina, atracción por lo irracional bajo sus formas más primitivas, magia, esoterismo, astrología, etcétera.

Paralelamente a este fenómeno, surgen en Europa movimientos cuyos orígenes se remontan en la historia poco conocida u olvidada de las minorías: en un país de tan antigua centralización como Francia, en el que los particularismos regionales fueron desapareciendo desde muy temprana edad (a partir del siglo XVI, culminando el proceso con las reformas napoleónicas) bretones y occitanos vuelven a clamar su derecho a una personalidad propia, como los escoceses, irlandeses, vascos, catalanes corsos, y otros que nunca cejaron en su lucha por conseguir lo mismo.

* Instituto Francés de América Latina (México).

Del encuentro de estos factores, primero de la necesidad de comprender por qué las mentalidades no evolucionan al mismo ritmo que los cambios socioeconómicos, y luego el anhelo por reanudar un pasado estabilizador y el afán por mantener las peculiaridades que dan sabor a la familia humana frente a una aceleración general que amenaza con nivelar y aplastarlo todo, nació la historia de las mentalidades. Todo estaba listo para permitir su desarrollo, habiendo la ciencia histórica llegado a proporcionarnos los instrumentos metodológicos necesarios para emprender la gran tarea: desbrozando el contexto económico, conocido el marco político, faltaba lo más importante, entender las angustias y esperanzas de aquellos que nos precedieron.

El surgimiento de la historia de las mentalidades resulta ser, al fin y al cabo, una exigencia del momento presente y una respuesta saludable a la embestida de la crisis actual, porque en el mirar hacia el pasado, no para refugiarnos en su seno sino para permitirnos comprender a este mundo nuestro, está posiblemente la única terapia que nos dé las esperanzas necesarias para seguir adelante.

Lo extraño es que esta tendencia sea de cuño exclusivamente europea (Italia, Francia, España, Inglaterra), ya que los historiadores estadounidenses, animados de admirable optimismo parecen seguir enfocando los problemas históricos en forma más tradicional, ignorando las inquietudes que agitan a sus colegas europeos. ¿Será el temor, como dice Robert Mandrou, de adentrarse en "las tinieblas de la ideología", rechazando, como ocurre a menudo hoy día?, ¿todo esto no es sino ideología, cuanto atañe a lo irracional, lo afectivo, lo vivido inmediato"?

Para muchos, tales propósitos de investigación parecen, aparte de peligrosamente ambiciosos, perversamente imperialistas, acusándoseles de invadir los terrenos de la antropología social, de la psicología y de la sociología, siendo el más horrendo pecado el de caer en las pavorosas tinieblas de la "ideología". Ya es tiempo de barrer con divisiones artificiales y escolásticas, con tabúes ridículos, y lo mínimo que se debe conservar del marxismo y del freudismo es la afirmación de que la realidad humana es una y que todas sus partes están estrecha y vitalmente ligadas, siendo ilusorio estudiar una de sus manifestaciones sin referirse a otras, y viniendo a ser el gran problema el explicar cómo están vinculadas unas con otras, en otras palabras, se trata de asentar firmemente el hecho de que no existan en sí realidades estrictamente objetivas y otras ideológicas, sino que sobre la primacía de un contexto socioeconómico, se articulan numerosas instancias de contenido variable que pueden, según las circunstancias, articularse entre sí de manera también variable, como en el caleidoscopio de Claude Levi-Strauss, predominando ahora la visión religiosa del mundo, más tarde el principio del libre albedrío, etc. El trabajo del historiador de las mentalidades consiste entonces en definir con la mayor finura e intuición posible el contenido de cada una de estas instancias y de tratar, en un momento dado, en un grupo particular y en una región determinada, de descubrir la relación que lo une con los demás y el papel que asume dentro del contexto general.

En esta perspectiva, los sistemas de representaciones, las creencias religiosas, mágicas, las ideas que un grupo humano tiene acerca de tal o cual fenómeno, los prejuicios, las sensibilidades, tienen el mismo valor que las demás instancias siempre y cuando sean representativas de un conjunto de individuos; recordemos como tan sólo un prejuicio entre otros, el antisemitismo, llegó a convertirse en

circunstancias propicias en un principio tan destructivo como lo fue en manos de Hitler.

Si el terreno es a veces resbaloso por lo complejo, tenemos a la mano instrumentos legados por la historia económica.

En primer lugar, la periodización nos impone fijar un límite temporal a nuestro estudio, ateniéndonos a fechas que enmarquen naturalmente el fenómeno enfocado. La existencia de series completas de documentos nos permite, por otra parte, establecer datos estadísticos representativos de grupos determinados, evitándonos extraviarnos en la psicología individual. Hay que reconocer, sin embargo, que para el historiador de las mentalidades, la suerte depara rara vez series homogéneas, contrariamente a lo que ocurre en el campo de la historia económica. Así las cosas, esta debilidad puede ser remediada mediante el recurso de otras fuentes, el aprovechamiento de datos de erudición, el análisis de documentos pictóricos, arquitectónicos y otros. La delimitación del tema o problemática es otra condición que nos confiere seriedad científica, protegiéndonos de la hermosa ilusión del siglo XIX, la historia total. En fin, es necesario un proceder dinámico constante desde el pasado hasta el presente y viceversa para entender y controlar lo más que se pueda los móviles que nos impulsan a proyectar en el pasado inquietudes que se originan en nuestro presente; en efecto, nuestros temas de estudio brotan de angustias personales que son también comunes a ciertos sectores sociales en la medida en que pertenecemos a sectores, a clases.

Pero si nos podemos valer de los instrumentos heredados de la generación que nos precede, varios son los peligros que nos acechan: el peor es sin duda el de considerar que la psicología de un grupo social determinado está constituida por la suma de las psicologías individuales que lo componen.

De hecho, un grupo tiene un comportamiento, una sensibilidad, una serie de representaciones muy variables que no obedecen a las reglas aritméticas, por lo menos las de la simple adición. Este peligro es tanto más sutil cuanto se presentan a menudo en las series estudiadas casos que podemos llamar "límites".

En efecto, los archivos son el resultado de una sociedad específica, y sus instituciones son las que produjeron los documentos que tenemos a la mano. Por lo tanto, el filtro que nos deja oír las voces del pasado es frecuentemente represivo, comúnmente restrictivo, parcial constituido por tribunales, visitas eclesiásticas, informes, etc. Se tiende por consiguiente a disponer de fuentes que privilegian lo "anormal", lo delincuente y marginal, con relación a los criterios entonces imperantes siendo los menos los documentos que reflejan lo "normal".

De ahí la dificultad de valorar dentro del contexto que constituye una sociedad, el papel que desempeñan ciertos grupos y dentro de ellos el lugar de ciertos individuos cuya conducta representa lo máximo de lo "anormal", los llamados casos límites.

Para resolver este dilema, falta recordar aquí también que una sociedad es un todo y que las manifestaciones consideradas como marginales son originadas en ella, por sus mismas contradicciones. Si de cada sociedad nace una marginalidad específica, ésta viene a ser representativa de la primera, y podemos descifrar por medio de los criminales, ladrones, brujos, heréticos y delincuentes de toda clase, ciertas tendencias, tensiones y contradicciones que encierran a menudo en sí el germen de la evolución en ciernes: véase el ascenso y el tipo de delincuencia en las

décadas que preparan la insurrección de 1810 en México. Así las cosas, el gran criminal, el "monstruo", el bandido no es más que el intérprete, gracias a una psicología personal peculiar que le hace obedecer a semejante vocación, de tendencias subterráneas a veces, difusas a menudo. En esta perspectiva, la diferencia existente entre lo normal y lo anormal no es cualitativa sino cuantitativa,

De hecho, la mayor dificultad para el historiador de las mentalidades consiste en conjugar los resultados arrojados por el estudio de las series con el de los casos límites, en singular el destino individual que cristaliza con agudo relieve la difusa mentalidad imperante en un sector social.

En México, la historia de las mentalidades es una urgencia aún mayor que en los países europeos por su complejidad étnica y socioeconómica, amada a su rápido ritmo de crecimiento.

Sin embargo, es imprescindible aceptar con tales fines el remontarse hasta el periodo colonial. En efecto, si la época prehispánica es base indiscutible de toda comprensión de la realidad mexicana, si se admite que el siglo XVI vio las grandes destrucciones y el impulso colonizador que preparaba el futuro, y que el siglo XVIII fue marcado por el principio del renacimiento demográfico y la gestación del México moderno, el siglo XVII nos aparece como un periodo de recogimiento necesario, de cicatrización. En estos cien años, el mestizaje tomó fuerza, aumentan las castas (estas respuestas biológicas a la tragedia demográfica que siguió a la Conquista), la colonización se consolida, el país se cubre de ciudades, de rancherías, de conventos y presidios, a la vez que amaina el ímpetu misionero, aliviando así su presión sobre la república de indios; puede ser que este malquerido siglo XVII sea el laboratorio de la mexicanidad, el que creó los letrados rebeldes y los "pelados" revoltosos que irán preparando más tarde la explosión de 1810.

Entonces si aceptamos esta condición, podemos emprender la tarea y decir con Georges Duby que "todo indica que la historia es joven aún y que puede, con la necesaria prudencia e inspirándose en los métodos empleados por las ciencias humanas hermanas, más jóvenes y tal vez más audaces que ella, progresar y proseguir este lento análisis del medio humano y del devenir de la humanidad, que debe ayudarnos a amoldar mejor el presente".

Agradezco la amable y eficiente ayuda de la señora paleógrafa M^a Teresa Esquivel Otea, en la transcripción y presentación de estos documentos.

Bibliografía Sumaria

CHAUNU, PIERRE: *Histoire, science sociale. La durée, l'espace et l'homme a l'époque moderne*. París, 1974.

DUBY, GEORGES: "L'Histoire des mentalités", en: *L'Histoire et ses méthodes*. Encyclopédie de la Pléiade. París, 1967.

ELLAS NORBERT: *Über den prozess der zivilisation 1939*, traducción francesa: *La Civilization des Moeurs y La Dynamique de l'Occident*. París, 1973-1975.

FEBVRE, LUCIEN: *Combats pour l'histoire*. París, 1965.

LE GOFF, JACQUES y NORA PIERRE: *Faire de l'histoire*. París, 1974.

LE ROY LADURIE, EMMANUEL: *Le territoire de l'histoire*. París, 1973.

Aujourd'hui l'histoire. Encuesta de la Nouvelle Critique. París, 1974.

* * *

Contrariamente a las normas tradicionales, en la edición de estos textos hemos preferido conservar la ortografía antigua, tal como aparece en los manuscritos. En efecto, tanto las palabras como las cosas tienen su historia y no podemos ignorarla. Pero no pensamos sólo en el lingüista interesado en recoger un material factible de ser utilizado en sus estudios, sino sobre todo en el historiador de las mentalidades, deseoso de ir más allá del análisis del contenido, ya que las modalidades de la expresión y de la escritura —o sea la forma— son también productos de la historia y como tales inapreciables fuentes de datos. Sin embargo, para facilitar la lectura de la transcripción, agregamos la acentuación y una puntuación elemental, que no disminuyen la autenticidad del documento.